

WARHAMMER
AGE OF SIGMAR



El

REY HUECO

Una novela de Cado Ezechiar

JOHN FRENCH

minotauro



El
REY
HUECO
Una novela de Cado Ezechiar

JOHN FRENCH

minotauro

El Rey Hueco

Published by Black Library, 2022
Copyright © Games Workshop Limited
Originally published as *The Hollow King*

The Hollow King, El Rey Hueco, GW, Games Workshop, Black Library, Warhammer, Warhammer Age of Sigmar, Stormcast Eternals, y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes, y el distintivo * o ™, y/o © Games Workshop Limited, registradas en todo el mundo.
Todos los derechos reservados.

Games Workshop Limited,
Willow Road, Nottingham,
NG7 2WS, UK.

Publicación de Editorial Planeta, S.A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
© 2024 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.

Traducción: © Simon Saito Navarro, 2024
Ilustración de cubierta: Artur Treffner.

ISBN: 978-84-450-1710-4
Depósito legal: B. 3.685-2024
Printed in EU / Impreso en UE.

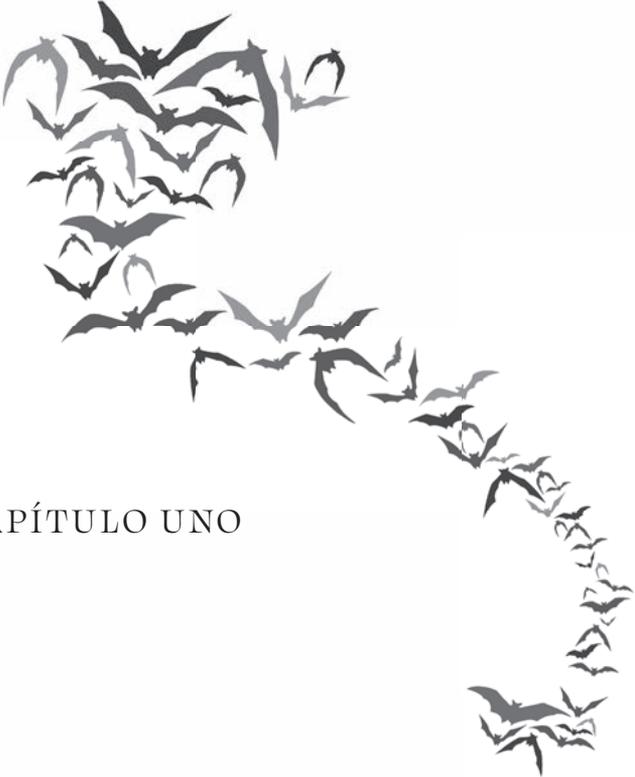
No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro
Twitter: @minotaurolibros



CAPÍTULO UNO

La niña corría jadeando por el bosque, bajo la sonrisa de una luna cada-vérica. Una maraña de raíces cubría el suelo bajo sus pies. Se le enganchó el pelo en una rama y su cabeza dio una sacudida hacia atrás. Tiró de la rama. Se le enredó aún más en las espinas. Volvió a tirar, resollando, con las lágrimas surcando la sangre que le manchaba el rostro.

Desde la carretera llegó un aullido.

—¡Por favor...! —gritó. Sus palabras se disolvieron en una boqueada de pánico. Quería estar al lado de su madre, su padre y su hermana mayor. Quería regresar al tambaleante carro que traqueteaba por la carretera en el crepúsculo. Quería que el mundo tuviera una forma que ella comprendiera, oír una voz que le dijera que todo iba a ir bien. Quería que alguien se agachara a su lado y la levantara del suelo.

Se le clavaron las espinas en los dedos. Las ramas de los árboles se agitaron. Vio unos ojos carmesíes, unos puntitos rojos como brasas en la oscuridad, detrás de ella, cada vez más cerca.

Las ramas fustigaban a Cado mientras corría bañado por la luz plateada de la luna. Percibía el olor de la sangre; tenía su regusto en la boca. La muerte aullaba en el bosque. La presa estaba allí, corriendo, aterrorizada, sangrando. También era veloz. Llegó a una densa arboleda. Sus ojos se

habían convertido en dos llamas rojas en las cuencas oculares. La piel de su cara se estiró para dejar a la vista sus dientes. El mundo era de color plateado y rojo. Le había llevado una eternidad alcanzar la caravana. Había corrido durante mucho tiempo por los senderos marcados por liches, cada vez más hambriento, mientras la presa iba desenrollando un frágil hilo que tiraba de su cuerpo. Ahora los carros que habían formado parte de la caravana yacían volcados en la carretera delante de él, salpicados de sangre, con los caballos agonizantes revolviéndose atrapados en sus arreos. Ahora solo existían esa persecución y el mundo tal como volvía a dibujarlo el hambre.

Los sentidos le gritaban. El hedor de la sangre era una neblina carmesí. La magia se precipitaba por las ramas sin hojas. Un jadeo. Un repiqueteo de huesos. Cerca. Un abismo de hambre aguardando para engullirlo. Llegó a una roca, se encaramó a ella y saltó a las copas de los árboles. Los pájaros echaron a volar y sus graznidos resquebrajaron el aire.

Ella estaba durmiendo en el carro cuando oyó los gritos. Se había despertado somnolienta y por un momento pensó que los gritos solo eran ecos de sus sueños.

—Quédate aquí —le había dicho su padre, y ella había aferrado el frío amuleto de hierro del martillo y se había embozado en las pieles. El vaivén del carro se atenuó, luego el vehículo aceleró bruscamente y ella oyó gritos apremiantes. El corazón le dio un vuelco. Las monedas de las tumbas, los amuletos de hueso y las rosas secas que colgaban del techo del carro se balanceaban en sus cordones, y ella esperaba que una vez más los mantuvieran a salvo. En los bosques había cosas malas. Por mucho que sus padres y los demás adultos intentaban ocultarlo, ella sabía que esa tierra los quería muertos.

Dos noches antes había oído el murmullo y el chasquido de las baletas al ser amantilladas mientras estaba acostada, todavía despierta. Se había levantado sigilosamente y había abierto la portezuela de la parte de atrás del carro. Al asomarse fuera había atisbado algo que se deslizaba entre los árboles. Al principio le había parecido que no era nada, solo una mancha de luz pálida. No estaba a más de dos centenares de pasos de ella. Resplandeció e hizo un ruido sibilante. Las hojas secas se agitaron en las ramas que había encima. Cuanto más lo miraba, más convencida estaba de distinguir una forma, como la de un anciano encorvado envuelto en una capa que se movía arrastrando unos brazos largos y unos dedos

delgados. Había querido volver a meterse en el carro, pero se quedó donde estaba, observando la figura que pasaba crepitando. Esta se dio la vuelta y ella contuvo el aliento, convencida de que distinguía una cabeza, el contorno de una capucha que ocultaba unos ojos y parte de la cara. Se la había quedado mirando un rato mientras ella contenía la respiración y le quemaban los pulmones. Sus dedos apretaban el pequeño martillo de hierro. Repitió todos los nombres que recordaba haber oído a su madre pronunciar mientras colgaba los amuletos en el interior del carro: Sigmar, Morrda y otros que eran meros murmullos.

«Por favor, haced que todas las cosas crueles de este reino pasen de largo... Por favor, protegédnos... Por favor, ayudadnos a llegar a un lugar seguro... Por favor.»

La figura borrosa se había desvanecido entre los árboles. Los escoltas volvieron a relajarse y ella regresó al interior del carro y observó los amuletos que oscilaban en sus cordones mientras las ruedas giraban.

Esta noche, al oír los gritos de los escoltas, había vuelto a suplicar a esos nombres y a los amuletos. No con susurros, sino en voz alta. El carro había comenzado a tambalearse y las ruedas se sacudían sobre la tierra y las piedras. Iban a toda velocidad para tratar de dejar atrás lo que los perseguía. Entonces el mundo se torció. El carro rodó y se deslizó por el suelo, y los amuletos entrechocaron y repiquetearon. Varios fardos de tela cayeron sobre ella y la enterraron a medias. Oyó chillar a los caballos y luego un grito de su padre, seguido por otro ruido. Era un sonido que la dejó helada, un aullido que traspasó las paredes del carro como si no existieran. Se oyeron más gritos y luego un fuerte sonido como de succión. Ella había permanecido inmóvil, sin atreverse siquiera a respirar.

Entonces había oído las garras fuera del carro. Había paseado la mirada por la portezuela del vehículo volcado, ahora en paralelo al suelo. La cerradura estaba rota y oscilaba sobre las bisagras. El ruido de las garras se acercaba. Mantuvo los ojos fijos en la portezuela, esperando a que una sombra tapara la plateada luz que la luna vertía entre ella y el marco. Entonces se oyó un grito cercano y cesó el ruido de las garras. Ella no había esperado. Se había puesto de pie para después salir disparada y echar a correr entre un latido y el siguiente de su corazón.

Había visto la sombra fugazmente, acechante, su silueta irregular a la luz de la luna y los ojos rojos. Se había adentrado en el bosque con rapidez. Vio una figura delante de ella que también corría. Decidió seguirla. La sombra irregular con los ojos rojos también iba tras ellos.

Tiró del pelo para desengancharlo de las espinas. Siguió avanzando rápidamente, jadeando. Sus piecitos descalzos se deslizaban por la marga oscura y las marañas de raíces, pero tenía tanto miedo que no sentía el dolor de los cortes ni las ramitas ni las piedras. Un árbol alto y retorcido se alzaba en mitad de un claro que encontró más adelante; sus ramas desnudas ascendían hacia el rictus de la luna. Había pájaros posados en ellas. Centenares de pájaros. Figuras encorvadas con plumas blancas y negras.

Veía a alguien que corría delante de ella. Era uno de los escoltas de la caravana: Morinar, el hombre amable con una barriga que no le cabía en la armadura; el que siempre le daba una fruta seca del morral cuando se la pedía; el que nunca se asustaba de los sonidos nocturnos y siempre estaba sonriente.

—¡Socorro! —gritó.

Morinar se dio la vuelta acompañado por el tintineo de la armadura y de la cota de malla. Blandía una espada. Tenía la cara pálida, los ojos desorbitados del terror y respiraba con jadeos.

—¡Socorro! ¡Por favor! —gritó de nuevo la niña. Tropezó con una raíz y se cayó. Se golpeó la rodilla con el borde de una piedra. Sangre... Gotas de sangre en la piel, negra bajo el resplandor de la luna. Giró el cuerpo para mirar atrás.

Rojo. Manchas rojas entre los árboles. Y fauces. Se quedó paralizada. El sonido entrecortado de la respiración de una boca llena de dientes largos llegaba de detrás. Las lágrimas ya habían cesado. Los pájaros se movieron en las ramas y se oyó el rumor de sus picos y sus plumas. De la garganta podrida de algo que no podía respirar salió un gruñido. La niña temblaba. Cerró los ojos muy fuerte.

—Mamá... —gimoteó—. Papá... —No se le ocurría otra cosa que decir. Era la plegaria de una niña frente a lo inconcebible. Estaba justo ahí, al otro lado de sus párpados. Tenía que ser valiente. «Sé valiente y todo irá bien.» Se dio la vuelta, temblando, y abrió los ojos. Unos ojos brillantes la miraban. Unas pieles podridas colgaban de una cabeza alargada y amarillenta. De sus dientes pendían trozos rosados y rojizos. Los ojos de color ámbar resplandecieron. Otro par de ojos surgió de su sombra. De sus bocas caían babas ensangrentadas y luz de muerte. Unos músculos muertos se tensaron bajo la piel y unas bocas se abrieron. La niña distinguió los pelos y los trozos de tela atrapados en los colmillos. «Sé valiente...»

Se oyó un sonido como de una guadaña segando el trigo y unas gotas de sangre negra, podrida, rociaron el aire.

El lobo muerto más próximo se retorció. Las dos mitades de su cabeza partida se agitaron y un aullido estertóreo salió de su garganta. Una sombra se posó en el suelo. Parecía humana. Casi humana. Se agachó entre ella y los lobos. Una capa harapienta le cubría la espalda. Empuñaba una espada que brillaba a la luz de la sonrisa de la luna. Dos dragones se enroscaban en cada lado del gavlán. La niña se fijó en los anillos en los dedos delgados, negros sobre la piel pálida. Los animales gruñeron y agacharon la cabeza. La figura con la capa harapienta echó un vistazo por encima del hombro para mirarla. Tenía los ojos rojos. La piel que rodeaba su boca llena de dientes puntiagudos estaba tirante.

—Corre —dijo.

Los lobos aullaron.

Los pájaros que estaban en el árbol echaron a volar.

Ella corrió.

Cado se levantó con la mirada fija en la manada. La luz espectral crepitaba de color plateado en su visión. El orondo escolta de la caravana estaba recostado contra un tronco. El hombre levantó la espada y se debatió entre echar a correr, trepar al árbol o luchar.

—Este no es para vosotros —dijo.

Las bestias se pusieron tensas. Sus músculos sin vida se hincharon. El hambre atrapada en sus esqueletos putrefactos no renunciaría ahora... no más que él. Sentía el peso de la espada en la mano. Las runas de plata en el acero despedían frío al interminable segundo.

Los lobos atacaron. La espada se levantó. El primer animal tenía la boca muy grande. Cado arremetió con la punta de la espada contra la parte superior de las fauces. La fuerza del impacto hizo vibrar su brazo. Otra bestia cayó encima de él y cerró la boca alrededor de su hombro. Sus colmillos se hicieron trizas al chocar con la armadura que llevaba debajo de la capa. Giró sobre los talones al mismo tiempo que extraía la espada de la cabeza del primer lobo y derribó al otro, que impactó contra el suelo con un crujido de huesos rotos. La luz pálida borboteó en su boca y sus ojos. Cado le trituró la cabeza de un pisotón y se dio la vuelta como una exhalación. El resto de la manada ya lo rebasaba; los lobos se precipitaban hacia él como sombras borrosas, aullando. Saltó y su espada describió una senda plateada que atravesó la luz de la luna.

Huesos partidos. Aterrizó en medio de la escabechina de carne podrida y flujos de magia. La sustancia de los lobos ya estaba volviéndose una espuma negra a medida que la brujería que los animaba se disolvía en el viento.

Cado se volvió hacia el escolta orondo. Los pájaros encogidos en las ramas permanecían inmóviles y mudos.

—Olieron en ti el hedor de tu dios —le dijo dando un puntapié a la cabeza de un lobo, que se desmenuzó—. Los atrajiste a la caravana. ¿Creías que podrías esconderte entre los inocentes o solo eran un escudo prescindible?

—No sé de qué me hablas —balbuceó Morinar.

—Has estado a punto de escapar, pero la cacería ha terminado.

—Yo... no... No, por favor. Solo queríamos llegar a un lugar seguro. Por favor...

El hombre estaba apartándose del árbol y se preparaba para echar a correr. Cado blandió la espada.

—Adoras las mentiras. Deberías saber cuándo una ha llegado a su fin —dijo mirando al hombre a los ojos, que de repente se quedaron fijos y ni siquiera pestañearon. Ya no había miedo en ellos.

Este abrió la boca, se quedó parado un momento y luego sonrió.

Cado se abalanzó sobre él.

El centinela escupió una palabra al aire.

La luz de la luna se hizo añicos con todos los colores del arcoíris. Los pájaros echaron a volar de las ramas de los árboles. Las copas se llenaron de graznidos. La figura del escolta se estiró y grasa, piel, armadura y sonrisa quedaron envueltas en fuego azul. La espada que empuñaba se derritió. Unos músculos esculturales se desplegaron debajo de una piel traslúcida y una sonriente máscara de bronce le cubría ahora el rostro. Tenía en la mano un cuchillo cuya hoja destellaba como una llama.

Lo acometió con una velocidad cegadora, pero la espada de Cado desvió el cuchillo y rebanó la mano que lo empuñaba. El hombre con la máscara de bronce retrocedió con una sacudida, y Cado le asestó un golpe con el pomo de la espada en la máscara. La sonrisa de bronce se hizo añicos. El centinela se tambaleó y Cado saltó sobre él antes de que pudiera recuperarse y le propinó una serie de golpes demoledores en la cara y el pecho. Este le lanzó un puñetazo, pero Cado le agarró la mano y se la retorció. Le levantó el brazo con tanta fuerza que le partió los huesos desde la muñeca hasta el hombro y acto seguido lo estampó

contra el suelo, de manera que quedó tendido en él, gorgoteando, y sus resuellos formaban burbujas sanguinolentas en la rendija de la boca de la máscara.

Ató los brazos y las piernas del hombre, tanto los rotos como los sanos. A continuación apoyó los dedos en el mentón de Morinar y lo arrastró a través del bosque en dirección a la caravana. Encima de él, los pájaros volaban en círculo.

La caravana seguía tal como la había dejado, pero no quedaba casi nadie vivo. Casi nadie. Un escolta que daba sus últimos estertores, con las piernas mordisqueadas y reducidas a jirones, yacía donde había caído y trataba de huir reptando. Parecía demasiado viejo y delgado para la armadura que llevaba puesta, y buena parte de su sangre empapaba el suelo debajo de él. Cado se detuvo a su lado y miró el gastado cuchillo que todavía sujetaba en la mano ensangrentada. Conjeturó que no debía de ser el único superviviente: había baúles de viaje y equipaje abiertos y vaciados. Habían desaparecido dos de los cinco carros. Descubrió las huellas de cascos y de pies en el lugar donde alguien había enganchado los caballos supervivientes a los vehículos. Se preguntó si la niña habría sido una de ellos. Tal vez. Nadie había visto al agonizante escolta. O quizá sí; a lo mejor habían oído sus jadeos suplicantes. En cualquier caso, no se habían detenido para socorrerlo. No le sorprendía, pues los inframundos no eran lugares agradables para los vivos. Todo se disolvía en dolor y pérdida. Solo la venganza y la justicia conservaban su autenticidad en los tiempos que corrían.

Los inframundos eran el producto de las creencias de los mortales. A lo largo de la existencia, los vivos habían contado historias y soñado con lo que habría después de la muerte, y con el paso del tiempo esas creencias se hicieron realidad. Lugares de castigo, abundancia, recompensa, reencarnación y eternidad... Eso se había hecho realidad gracias a todas las variedades de fantasías, esperanzas y miedos que la vida era capaz de concebir. Había montañas y bosques atravesados por ríos cuyas aguas arrastraban las almas de los muertos; grandes sistemas de cuevas donde sombras grises se movían entre mesas de piedra a las que se sentaban con dos vasos y volvían a conversar con todas las personas que habían conocido en vida; huertos que parecían interminables, donde los árboles siempre estaban llenos de frutos, los muertos yacían a la sombra cálida bajo las verdes copas y el invierno jamás tocaba las hojas ni el aire.

Ese había sido el comienzo del Reino de la Muerte: un archipiélago de reinos creados por las creencias de los vivos en los que solo moraban los muertos. Pero al final los vivos habían venido. Colonias de mortales habían convertido los inframundos en su hogar. Habían prosperado civilizaciones. Las tradiciones de los recién llegados se habían mezclado con las de los muertos. Esa había sido la primera invasión de la vida de ultratumba, y a partir de ella el Reino de la Muerte se había convertido en un reino mortal. Entonces el Caos descendió. Los seguidores de los dioses Oscuros habían llegado desde las tinieblas. Reinos e inframundos habían ardido. La sangre había empapado el suelo mientras los demonios devoraban las almas de los muertos. El pasado se convirtió en fuego y ceniza. La vida de los mortales se volvió cruel y llena de sufrimiento. Largas épocas de dolor, sin luz ni esperanza o tregua del apetito de los poderes ruinosos.

Pero por fin se produjo un cambio. Hubo una guerra, una nueva invasión puso una nueva capa de sangre encima de las anteriores, esta vez envuelta en promesas de esperanza y auxilio. Para Cado tenía resonancias del orgullo desmedido del pasado, solo que con una nueva voz. Fe, alianzas, luz, orden y majestuosidad... Le resultaba terriblemente familiar, vacío de contenido salvo por el inevitable fracaso. El Reino de la Muerte era un sueño roto que continuaba deslizándose hacia las tinieblas. El Caos había corrompido todo y los inquietos muertos cogían lo poco grato que quedaba.

En las grandes ciudades de los inframundos, los vivos tenían que elegir entre aferrarse a la protección del relampagueante dios de los Cielos o la tiranía de los no muertos y la sombra de Nagash. Las dos cosas eran una mentira. Sigmar, el nacido del rayo, no podía contrarrestar el efecto del veneno vertido por los dioses Oscuros en el Reino de la Muerte, pues había penetrado muy hondo. Nagash y sus legiones se afanaban en erigir imperios de huesos y cadáveres andantes, tan inmunes a la corrupción como al tiempo: otro trato, hecho con menos dolor.

Las criaturas que viajaban en la caravana por los bosques eran humanas. O bien sus antepasados habían sobrevivido al yugo del Caos o habían venido para repoblar esa tierra. En todo caso, huían de su vida anterior. Cado supuso que buscaban un lugar seguro: una ciudad protegida por las fuerzas de Sigmar, una salida, otros mortales a los que unirse. Todo eran mentiras contadas como historias para tranquilizar a niños aterrorizados. Ahora lo que quedaba de su credulidad y su esperanza era un

anciano enfundado en una armadura abollada que agonizaba echando espuma sanguinolenta por la boca y con la respiración anhelosa. Cado se arrodilló a su lado. El escolta no reaccionó. El dolor y la proximidad de la muerte le habían anulado el sentido de la vista. Sentía cómo el hedor de la sangre del hombre le abría el apetito. Tendió una mano lentamente y con sumo cuidado. El centinela se estremeció al notar los dedos de Cado en el cuello. Este los flexionó y notó las vértebras rotas en el cuello del hombre. Luego se puso en pie y volvió a agarrar a su prisionero.

Lo arrastró hasta uno de los carros que quedaban. Sus ruedas se habían desestabilizado con las roderas del camino, por lo que se había salido de él y había terminado volcando. Ahora un árbol aguantaba su peso y las ramas se apretaban contra el costado del vehículo. Cado se fijó en que el árbol estaba en flor. Unos densos racimos de flores moradas cubrían las pequeñas ramas, con los pétalos abiertos a la luz de la luna. Ató al prisionero a una rueda con una cadena de hierro y una cuerda empapada en brea. El hombre estaba inconsciente y su cabeza cayó hacia delante sin fuerza. La máscara de bronce todavía le ocultaba la cara y goteaba sangre del borde. Cado observó las espesas gotitas escarlata que se deslizaban por el torso del escolta. El corazón que había dentro de ese pecho todavía latía... caliente... suavemente... El ritmo del carmesí.

Se quedó completamente paralizado. El olor de la sangre que comenzaba a secarse y de la carne desgarrada que lo envolvía era de repente una neblina que se filtraba en sus sentidos. Una sensación de vacío se hizo más intensa dentro de él y profería silenciosos gritos de hambre.

Cado retrocedió y cerró los ojos. El mundo se había teñido de rojo con estrías negras. Un chillido estridente y seco retumbaba dentro de su cabeza. La negrura rugía en su interior.

«Sal a cazar. Corre a través de la noche y encuentra a los vivos. Desgarrar, destripa y devora...»

Un calor rojizo. Un vacío relleno de carmesí. La sensación reconfortante del hierro y el cobre en la lengua.

Se obligó a permanecer inmóvil. Poco a poco, el chillido se debilitó hasta convertirse en una risita sardónica. Cuando volvió a abrir los ojos aún oía el eco de esa risa falsa.

La cara de la luna lo miraba desde el cielo a través de un hueco entre los árboles que se alzaban por encima de la carretera.

Un escalofrío lo recorrió y levantó las manos ante sí. Llevaba nueve anillos en los dedos, todos ellos de hierro. Los miró por un momento,

obligándose a leer los nombres grabados en el metal. Volvió a cerrar brevemente los ojos. Se tocó con el dedo pulgar de la mano derecha el anillo que llevaba en el índice.

Sintió un temblor frío justo detrás del hombro y luego una voz que le echaba el aliento en la nuca.

~Estás preocupado. —Solía tenía la misma voz que cuando era su tutora. Cado abrió los ojos. La mancha borrosa de su espectro estaba detrás él, en el margen de su visión. Si se daba la vuelta para mirarla directamente, su presencia también se movería, así que siempre quedaba justo fuera de su campo visual.

—Estoy... —hizo una pausa— cansado.

~Los muertos no pueden cansarse, jovencito. Es un privilegio reservado para los vivos.

Se le dibujó una sonrisa en los labios al oír eso, pero se le borró de inmediato cuando la voz añadió:

~Me he dado cuenta de que el peso que cargas no para de aumentar.

«Sí», quiso decir Cado. El peso aumentaba día a día, año a año. Unos y otros iban acumulándose. Eran los eslabones de una cadena que arrasaba a través del tiempo. Cada presa abatida, cada nuevo camino recorrido... A cada paso que daba el peso crecía.

~Algún día terminará, mi príncipe —dijo Solia.

«Mi príncipe...» Le había llamado así incluso después de ser coronado rey. Todavía la recordaba en el balcón del ala alta del palacio, con la espalda recta, el cabello negro con las puntas canas sobre la túnica azul y color marfil.

—*Scholastis Solia —había dicho el padre de Cado. Ella se dio la vuelta y se arrodilló ante él.*

—*Majestad —había respondido ella.*

Su padre había dicho algo y luego había dado media vuelta y se había marchado. Cado había pestañeado, bajado la mirada y había comenzado a retorcerse los dedos. Pero entonces recordó las regañinas de su madre y su niñera por no saber estarse quieto. Escondió las manos a la espalda. Quería mirar en la dirección en la que se había ido su padre, pero eso no era correcto. Solia permanecía arrodillada, así que sus cabezas quedaban a la misma altura, y le sonrió.

—*¿Sabes por qué estoy aquí? —le había preguntado Solia.*

—*Para enseñarme —respondió él—. Eres mi... —intentó pronunciar la palabra que había dicho su madre—: tutora.*

La sonrisa de Solia se ensanchó un poco. En el intenso azul de sus ojos había unos puntitos ambarinos. Él también le sonrió.

—*Así es, mi príncipe.*

~No te has alimentado —observó el espectro de Solia.

Negó con la cabeza. No se había alimentado desde que cruzara la frontera de ese inframundo. Y aun entonces solo había tomado la poca sangre coagulada que le quedaba en un vial. La sangre caliente, rica en vida a punto de desvanecerse, bombeada por un corazón aterrorizado, no la había vuelto a probar desde que saliera de la Ciudad de los Ríos. El rictus de la luna había menguado hasta desaparecer y vuelto a crecer una vez desde entonces.

—Tengo la presa que estábamos siguiendo. —Señaló con la cabeza al hombre con la máscara de bronce derrumbado contra la rueda del carro.

~Así es —dijo Solia. Cado podía imaginársela con el ceño fruncido y fijándose en los detalles mientras los enumeraba—. Es uno de los Ocultos, un acólito del Cambio. No hay signos de misterios más elevados. También está vivo, o de momento al menos. Dos extremidades rotas. Hemorragia interna. No te queda demasiado tiempo para obtener respuestas de él, si es que eres capaz de sacarle alguna...

Cado asintió. Podía oír el esfuerzo que hacía su alma para mantenerse aferrada a su cuerpo y a su carne. Percibió un aroma a hierro enfriándose en el olor de la sangre que goteaba sobre su pecho desde la barbilla de la máscara. Se agachó a su lado.

~¿Qué necesitas de mí, mi príncipe? —preguntó Solia detrás de él. Este advirtió la duda en su voz, la súplica. Era un fantasma, un eco de quien había sido en vida unido al hierro del anillo. Como todos los muertos, no tenía las preocupaciones concernientes a la carne, pero mantenía el tejido de su alma—. ¿Va a ser desagradable?

No respondió. Otra gran gota de sangre se formó en la nariz aguileña de la máscara. Cado levantó la mano y un aliento helado salió entre sus dientes. En sus dedos brotó una luz pálida. Puso la mano en el pecho del hombre. La luz fluctuó y atravesó la piel. La cabeza enmascarada dio una sacudida y giró a un lado y a otro. Sus músculos se hincharon apesados por la cuerda y la cadena. Su corazón latía desbocado por el pánico. Entonces sus ojos se posaron en Cado y se quedó quieto. Este no le veía la boca, pero estaba seguro de que sonreía debajo de la máscara. La respiración del escolta era entrecortada y anhelosa. Cuando habló, lo hizo con el ritmo musical de quien recita un poema.

—Por qué giros del destino, meros bellacos y pordioseros se hallan en manos crueles, enfriadas por la sonrisa severa de la muerte —dijo el hombre—. Es de La llamada de Trisanda, el coro del Vagabundo, acto segundo. ¿La conoces?

Cado asintió una vez con la cabeza. Hacía mucho tiempo... actores que se movían entre árboles, risas en un reino perdido. Conocía la obra y sabía que se había escrito en un tiempo que solo recordaban los inmortales y los muertos. Los dioses Oscuros estaban riéndose de él a través de la boca de ese centinela.

—La conozco.

El hombre atado rio y la boca de su máscara escupió sangre.

—Y yo te conozco a ti, rey Hueco.